

# ESPACIOS

**01** Un grupo de gente entre el humo provocado por el incendio de dos edificios tras la explosión de dos coches bomba en Bagdad en febrero

KHALID MOHAMMED/ AP

**02** Policía científica y guardia civil inspeccionan los escombros del aparcamiento de la T-4 en Madrid tras el atentado del pasado diciembre

DANI DUCH

**03 y 05** Atentado contra las torres gemelas en Nueva York el 11 de septiembre del 2001

CHAO SOI CHEONG / AP  
S. STAPLETON / REUTERS

**04** Un hombre espera a ser rescatado tras el paso del 'Katrina' en Nueva Orleans, 2005

R. GALBRAITH/ REUTERS

**Reflexión** Son imágenes que se repiten con una cotidianidad estremecedora; las provocan la mano del hombre o la inclemencia de la naturaleza. En todas subyace una pregunta: ¿nos estamos acostumbrando a su visión? Ahí están y accedemos a ellas como nunca antes lo hicimos

## Paisajes de la destrucción

JOAN NOGUÉ

Al contemplar hace unos meses las imágenes de los destrozos ocasionados por un coche bomba en la terminal T4 del aeropuerto de Madrid, no pude evitar relacionarlas con las que este pasado verano nos llegaban de Beirut, o con las que, día tras día, con una puntualidad exasperante y una cotidianidad estremecedora, se nos remiten desde Bagdad. ¿Nos estamos acostumbrando a los paisajes de la destrucción? ¿Responde esta espontánea e inmediata asociación mental de imágenes al hecho de que, quizás, hayamos elevado ya a categoría a este tipo de paisajes? No lo sé, pero lo que sí parece evidente es que ahí están y que, a través de los medios de comunicación de masas, accedemos a ellos como nunca antes hicimos. Los paisajes de la destrucción –y de la desolación, añadiría yo– están muy presentes en nuestro universo cotidiano y también en nuestro imaginario colectivo, y no sólo porque la despiadada realidad nos los recuerde una y otra vez, sino porque la ficción ha contribuido a ello de manera notable, en espe-



01



02



03



04

cial el cine, ya desde aquella fantástica *Germania, anno zero* (1948), de Roberto Rossellini.

Estos paisajes de la destrucción pueden ordenarse, *grosso modo*, en dos grandes grupos: los generados por dinámicas naturales de muy diversa índole y los provocados por el ser humano. Los primeros, cuyos efectos serán más o menos graves en función del nivel de conocimiento y previsión de los riesgos naturales que tengan las sociedades que viven en estos entornos, son de origen muy diverso. Las catástrofes naturales que dan lugar a estos paisajes son tantas y de tal calado que la ONU llegó a declarar la década de 1990 como la Década para la Reducción de las Catástrofes Naturales, que, por cierto, siguen azotándonos una década más tarde. Sólo refiriéndonos a los tres últimos años podríamos

sacar aquí a colación el tsunami que arrasó las costas del Índico, el devastador terremoto de Cachemira o el huracán Katrina y la inundación posterior de la ciudad de Nueva Orleans.

Los paisajes de la destrucción de origen antrópico son, en su mayoría, resultado de conflictos armados. Querría señalar en este punto que la guerra convencional entre Estados, hasta ahora la principal productora de este tipo de paisajes, está dejando de ser hegemónica en favor de otro tipo de conflicto armado protagonizado por paramilitares, guerrillas, bandas de milicianos o grupos terroristas con una geometría variable, objetivos nada claros y unos mecanismos de toma de decisiones algo difusos. La guerra solían hacerla soldados regulares y ejércitos legitimados; no han dejado de hacerla, pero a ellos se han unido soldados no regulares y efectivos militares no profesionales, lo que quizás explique el incremento de crímenes y atrocidades entre una población civil desprotegida que la guerra posmoderna no tan sólo ya no respeta, sino que utiliza

### Estas ruinas las arrasamos de inmediato, y eso es así porque no soportamos la contemplación de formas tan decadentes, dantescas, apocalípticas

como un instrumento más para alcanzar sus fines. No es que las reglas del juego estén cambiando: simplemente, éstas –pongamos por caso la Convención de Ginebra– dejan de existir. Se recurre ahora al terror indiscriminado contra poblaciones indefensas y, en una progresión que no es ni aritmética ni geométrica, sino diabólica, las salvajadas cometidas tienen, cada vez más, una clara función propagandística. La lógica del terrorismo contemporáneo es, en esencia, mediática: sin el concurso de los medios de comunicación, éste pierde buena parte de su efectividad e incluso de su razón de ser.

En este nuevo tipo de conflictos armados, creadores por antonomasia de los paisajes de la destrucción a los que aquí aludimos, la ciudad se ha convertido en el campo de batalla preferido, y no sólo por el mero hecho de que la población mundial sea cada vez más urbana, sino porque, al perseguir sobre todo la generación de ansiedad y de miedo en

tre la población civil, la ciudad, espacio en el que la vulnerabilidad es extrema, se convierte en un objetivo de primer orden. Más allá del urbicidio deliberado, esto es del intento de aniquilación total de la ciudad (Hiroshima y Nagasaki en 1945 o, más recientemente, Grozni, la capital chechena), a lo que realmente nos enfrentamos hoy día es a la destrucción deliberada de dos tipos de fragmentos de la ciudad: por una parte, los edificios simbólicos y espacios culturales de carácter identitario, como las mezquitas en Bosnia y Kosovo, la biblioteca de Sarajevo o las Torres Gemelas de Nueva York; por otra, los lugares comunes de la ciudad, los espacios de relación y sociabilidad más habituales en nuestros entornos urbanos: zonas residenciales, plazas, mercados, teatros, cines, discotecas, metros, ferrocarriles o aeropuertos, como el de Madrid. Estos lugares comunes, junto con las infraestructuras que hacen posible la vida urbana, se han convertido en verdaderos objetivos geopolíticos porque son extremadamente sensibles y vulnerables: sin ellos, no hay ciu-

dad. Nada genera más ansiedad en el ciudadano de a pie que la destrucción en pocos segundos de su espacio cotidiano. Éstas son, precisamente, las imágenes que nos vienen a la memoria al evocar ciudades como Mostar, Sarajevo, Srebrenica, Banja Luka, Goradze, Beirut, Bagdad y otras tantas, sometidas al terror urbanicida selectivo y premeditado.

Los paisajes de la destrucción, ya sean provocados por causas naturales o antrópicas, producen en quien los contempla inquietud y desasosiego por otro motivo hasta ahora no comentado. Nos sorprenden y generan en nosotros una macabra fascinación porque rompen el orden espacial al que estábamos acostumbrados. Y no sólo eso, sino que nos ofrecen una imagen tan dantesca e inusual de los edificios destruidos que nos quedamos estupefactos al observarlos, porque se nos presentan desnudos, abiertos en canal, despojados de sus cubiertas y ornamentos, sin mensaje alguno: tan sólo con sus elementos estructurales básicos, sus pilares de hormigón armado, su cableado, sus intestinos. Desapareció y se esfumó en pocos segundos el misterio, la magia, el encanto, la insinuación, el guiño que la arquitectura suele transmitir. La ruina arquitectónica será visible sólo durante unos días, a lo mejor incluso sólo durante unas horas, porque no tardarán en llegar las excavadoras que harán tabula rasa de lo poco que quede en pie e iniciarán de inmediato la reconstrucción. En este ínterin de muy pocas horas, a lo sumo días, la ruina arquitectónica encarnará nuestra ruina moral, y por eso dejamos de mirarla. Nada que ver con las ruinas con mayúsculas, aquellas que veneramos y que son capaces de transmitirnos con serenidad y de manera sublime la nostalgia por el pasado. A las ruinas que conforman los paisajes de la destrucción aquí señalados nunca les dará tiempo de adquirir la solera propia de las auténticas ruinas, porque las arrasamos de inmediato, y lo hacemos así porque no soportamos la contemplación de un paisaje tan decadente, dantesco, apocalíptico. Estos paisajes son la plasmación visual más palmaria de la desintegración del orden espacial establecido, de la transgresión sin sentido de la regulación, de la eliminación de un plumazo del sentido de lugar. |



*Víctimas de diagnóstico. Muchos vivimos conflictivamente la mutación del tiempo, dos casos al respecto:*



*Paciencia precaria, cuando la falta de tiempo te convierte en equilibrista malabar*



*Fatalista ontológico, sorprendido de estar muriendo por falta de tiempo*